

EDICIONES MÍNIMAS

CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS

Directores: Ernesto Morales y Leopoldo Durán

JUAN PEDRO CALOU

BREVIARIO
DE LOS TRISTES

BUENOS AIRES

1916

MARGINALIA

Bajo este rubro, síntesis acabada del propósito que enuncia, emitiremos una impresión personal sobre las obras literarias cuyos ejemplares lleguen duplicados hasta nosotros, y examinaremos las publicaciones periódicas con las cuales establezcamos canje.

LIBROS

El fin del mundo, por EDMUNDO MONTAGNE. Claudio Matalou, editor. Esmeralda, 623. Buenos Aires. 1915.

El cuento es un género literario muy poco cultivado entre nosotros. ¿Será por que se afirma que es un género de ejecución difícil? Sin embargo, hay entre nuestros escritores y poetas quienes los han producido, y algunos muy bellos; v. g.: Arturo Giménez Pastor, «Fray Mochó», Martiniano Leguizamón, Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga y Javier de Viana, dicho sea sin la pretensión de citar a todos los que sobresalieron. ¡Lástima que la producción de cuentos haya sido sólo una manifestación literaria intermitente en la mayoría de los autores expresados! Esta ligera consideración nos la ha sugerido la lectura del libro de Montagne, colección de cuentos que, aun cuando publicados recientemente, fueron escritos espaciadamente a lo largo de muchos años. Y hénos aquí ante un poeta más que escribe cuentos, pero a quien no podríamos, con justicia, atribuirle la calidad de cuentista. Y eso que los ha hecho también buenos, es decir, bellos. «El Atorrante», que no es un cuento pero cuya inclusión en el libro aquilata los méritos del autor, es una síntesis admirable de la psicología de ese pobre ser humano que «se dijera la personificación de un pensamiento demasiado profundo para ser comprendido».

La cita de los cantares, por GUIDO ANATOLIO CARTEY. Martín García, editor. Rivadavia 581. Buenos Aires. 1916.

Hemos finalizado la lectura de este libro después de una penosa peregrinación a través de sus páginas. Esta obra no justifica en manera alguna la intención de las palabras de Remy de Gourmont que preceden su contenido. Trátase de versificaciones carentes de inspiración y de arte. El autor ha malogrado su propósito pretendiendo cultivar flores en tierra yerma.

JUAN PEDRO CALOU

BREVIARIO
DE LOS TRISTES

EDICIONES MÍNIMAS

BUENOS AIRES

1916

Nota Prefacial

Bajo la aparente frialdad de los ojos azules de Juan Pedro Calou arde la llama de un espíritu sutil en combustión perenne. Cuando se publiquen las obras originales que substancian ese espíritu, habrá un poco más de belleza para regocijo nuestro. Pero Juan Pedro Calou es avaro de su oro espiritual y subtrae celosamente el troquel, escatimando así la acuñación. No obstante, para vosotros, lectores nuestros, acuñó algunas medallas. Tomadlas de buen grado y apreciad la labor del orfebre que cinceló el troquel, o, si lo preferís, justificad los quilates del metal.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

BREVIARIO

DE LOS TRISTES ⁽¹⁾

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

(1) -- Los dos capítulos que van a leerse forman parte de un tomo que lleva este título. — J. P. C.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

I

Omnipotencia del sentimiento

“Llegar a la creencia es un procedimiento misterioso, indescriptible, como todos los actos vitales.”

T. CARLYLE

No existe mejor modo de creer que el que empleaban los viejos fatalistas; tenderse de cara al cielo. Afirmaré que para creer no es necesario pensar. Nada más racional que la duda o la incredulidad; nada más “demoníaco”, — en el sentido en que un viejo filósofo empleaba esta palabra (daimonion) — nada más demoníaco que el pensamiento.

Parece ser que poseyendo el pensamiento como un arma — que esto es en sí el espíritu — nada más lógico que éste se ejercite agresivamente hacia afuera, por nuestra instintiva necesidad de afirmarnos ante la vida.

Es posible que aquellos que envían más frecuentemente sus estocadas al misterio sean en realidad los más creyentes o los más temerosos.

No es posible que empleemos nuestro espíritu sino para eso, en tanto no nos penetre el sentimiento de que no es necesario voltear para afirmarnos.

Esta es la lógica ciega que determina el acto humano de la negación, ya se trate de Dios o simplemente de los que intentan sobresalir en todo aquello en que deseamos sobresalir nosotros.

La disposición de creer, no es en sí más que una recóndita amabilidad que con frecuencia surge del can-

sañcio, del hastío, del valor que reposa, o de la indiferencia del que sabe que no se le atacará ya más.

El concepto de que nuestro espíritu no es otra cosa que un arma, es lo que ha determinado a Carlyle a recomendar el valor como la virtud cardinal. Otorgar a los relámpagos de nuestra conciencia, a nuestro espíritu todo, un origen divino, es aceptar nuestras intuiciones como una razón definitiva. Conviene ser racional y considerar nuestra agresividad psíquica como una resultante del fenómeno puramente material de la conservación o defensa inspiradas por nuestra vida instintiva.

Acaso las leyendas religiosas inventadas por la superstición aceptando las corporizaciones del demonio o de los ángeles no es más que un esfuerzo sobrenatural del instinto que tenía necesidad de la realidad sensible del enemigo, cansada de dirigir sus ataques a la impasibilidad celeste de la noche. La hipótesis de que la religión tuvo por origen el miedo del hombre de la caverna, es en sí aceptable, tanto más para los que aún hoy mismo vemos en el miedo una fuente mística.

Sin embargo, diferimos del hombre primitivo en que hemos llegado al conocimiento de nuestra vida elemental, y en posesión de la certidumbre de que nuestro ataque no es más que una necesidad fisiológica que en nada se relaciona con nuestra videncia de la vida superior, del misterio, podemos envainar la espada convencidos de que lo único que puede venirnos del cielo es la tranquila reverberación de la estrella o el fulgor de una luna de verano.

Lo verdaderamente cierto es que si el hombre primitivo creó a Dios porque su miedo necesitaba una representación concreta de lo que le aterraba, a fin de combatir cuerpo a cuerpo, no es menos cierto que el miedo nos hizo descubrir la existencia del vacío. Y el vacío mismo nos asustó, porque es nuestra vida instintiva y subterránea la que siempre toma la primera parte en la historia de nuestra vida. Y es evidente que durante los primeros años de la vida revivimos la historia del mundo con tanta exactitud como en el proceso morfológico reproducimos la evolución de las formas anteriores.

Negar es pasar por un aspecto necesario de la vida moral. Negar es afirmarse definitivamente ante la se-

renidad. Negar es haber muerto para el pasado y nacer para el porvenir.

El momento de la primera sospecha filosófica es el momento más culminante de la vida de un hombre. Los que no han creído en Dios, no tienen, pues, porvenir.

Ahora bien, indagar acertadamente cuál fué la actitud que adoptó el hombre para que la divinidad le penetrase, tiene algo más que su simple importancia ritual, dado que puede establecerse que lo único que permanecía activo en él era el corazón.

Si nuestra espada no relumbra ya como un ardiente relámpago al pie de las estrellas, ¿por qué, en un momento de suprema despreocupación no dejamos que se entrecierren nuestros ojos bajo la brillante impasibilidad de la noche?

Afirmaré que para creer no es necesario pensar.

“La realidad de los hechos nos hace ver que cuando la percepción intelectual llega, han levantado ya el vuelo el deseo, la voluntad y la preferencia sentimental, y entonces nos parece que es la razón la que da cuerpo a nuestras opiniones”. (1)

Dice Maeterlinck que puede llegarse al misticismo por la razón o por el sentimiento. Pero el misticismo verdadero es un caso de excelencia sentimental. Misticismo racional es un contrasentido racionalmente trágico, es decir, una contradicción fatal dentro de la unidad forzosa de la entidad llamada hombre.

Niezsteche es, por excelencia, el trágico del cerebro grande y del corazón grande. Afirmando su propia divinidad, sintiéndose el Anticristo, no es otra cosa que el juguete de la lucha íntima de su corazón y de su pensamiento. En “El origen de la tragedia” nos revela toda su ansiedad personal de la alegría, todo su deseo de fortaleza para el drama interior.

Y Dios no fué nunca una razón. Aquellos mismos que hacen del alma una entidad matemática después de haberla definido como una entidad filosófica, convierten el paraíso en un cheque. Los espiritistas, racionales para encarar el problema del misterio, puesto que lo materializan, dividen la unidad “espíritu” en “espíritu bueno”, “espíritu malo” y “periespíritu”. Esto es elevar el misterio a la categoría del logaritmo. O lo que es peor: fotografiar el alma; hacer hablar la inte-

(1) William James “La vida eterna y la fe”.

ligencia; hacer caminar el espacio, el tiempo, lo absoluto. Llegar a la razón de lo absoluto, de lo eterno, de lo inmutable, no es llegar a Dios. Es necesario tener el sentimiento de estos tres principios. Existió el hombre que todo lo sabía y que sin embargo era helado como una estatua, así como yo mismo he visto negadores que gesticulaban como si hablasen de Dios.

¿Alguno de vosotros se ha enamorado alguna vez de la "exactitud" de una mujer? ¿Alguno se ha enamorado de las "razones" del amor?

El que convence no es por esto el más verídico. Acaso lo sea el que no puede defender a su dios, porque la emoción que le produce el ataque a su ídolo es tan honda que le paraliza a él mismo, fuente de la divinidad que defiende, origen del dios que ama, ley de la eternidad que le atraviesa.

Dios es, — para el deseo universal, — la noche y el día; el dolor y el placer, la calma y la tempestad sucesivamente; un concepto cuya realidad cambia según cambia nuestra propia realidad. La razón tiende a eternizarle — ¡qué divino empeño! — en una fórmula herméctica que en mil circunstancias de nuestra vida de mañana puede no corresponder con nuestro sentimiento mismo de la divinidad.

¿Hallar la fórmula de la negación; definir la divinidad! ¿Pero es que aún necesitamos de los fantasmas? ¿O es que el fantasma cambió de aspecto y se llama ahora Razón? ¿Somos todavía los combatientes de las estrellas, los enemigos de la noche y del sol, de la mujer y del aire?

No hay mejor manera de creer que la que empleaban los viejos fatalistas: tirarse de cara al cielo.

"Creer — decía admirablemente un amigo mío — es tenerse lástima por un momento".

He ahí el estado sentimental propicio, exento de toda razón superior — aparte la razón superior de que la fe es una necesidad humana. — El cristianismo, precisamente porque es la religión que menos "sabe", es la religión más perfecta. Tolstoy, — erudito y filósofo neocristiano — ha hecho mal al cristianismo porque ha pretendido que la fe razonase hasta en cuestiones estéticas, sin admitir que las cuestiones estéticas son — fundamentalmente, — cuestiones religiosas.

Es verdaderamente admirable el resultado producido por las obras de Maeterlinck. Los hombres vivían

aplastados por el misterio, torturados por la duda. Llega éste, ensancha la noción misma del misterio, la ubica hasta en el centro mismo del asesinato (1), afronta con sutilidad poética ciertos problemas que exigían casi una lógica matemática para aclararlos (véase como encara el problema sexual en el tomo citado, capítulo "Acerca de las mujeres") y sin embargo, los hombres se sienten menos tristes. Y en realidad, su obra no ha sido otra que la de amplificar la noción del misterio. No hay en ella una sola certidumbre "racional", y sin embargo sentimos que una certidumbre más tranquilizadora nos penetra mejor que si se nos hubiese dado a fuerza de lógica.

Lo que la razón te dé, puede serte quitado por la razón. El sentimiento es divinamente impenetrable.

Todavía queremos que Dios permanezca en nosotros exactamente igual, invariable, como puede permanecer una noción en nuestra conciencia. Imposible. El está en el centro de nuestras emociones, y aun cuando el espíritu diga: "Dios existe", puede suceder que él no esté presente en el corazón. En cambio, suponed el caso inverso y veréis que la faz de la vida es ya distinta.

Suponéis que el sacerdote más grande ha vivido amándolo siempre con igual intensidad y certitud. No. El también ha negado dentro de sí mismo por más o menos tiempo.

Afirmemos, entonces, que entre ese sacerdote y nosotros existe sólo una razón de profundidad o de persistencia de la emoción.

Ahora bien, ¿podemos decir que hemos vivido inútilmente una emoción honda?

Ese amigo que me decía: "creer es tenerse lástima" ¿no hablaba con la profundidad de los que han creído en Dios?

¿Qué otra cosa puede darnos Dios sino profundidad? ¿Queríamos consuelo? ¿Pero es que entonces no comprendemos que el desconsuelo es el fruto mismo de la sinceridad con que hemos creído y vivido?

A los que aman, sólo a esos les persigue la duda. (A veces es necesario recordar verdades así.)

He visto negadores que gesticulaban como si hablasen de Dios, y en realidad, un hombre que se entriste-

(1) "El alma puede permanecer pura en el centro mismo del asesinato". — "El tesoro de los humildes". —

ció una vez con las estrellas del alba, agotó para siempre todas las emociones sutiles, porque hay en nuestra vida un minuto que es, intensivamente, la anticipación de todas nuestras emociones del porvenir, y los sobresaltos y amarguras posteriores a ese día son sólo una repetición de aquella hora.

Nada debe importarnos que la noción concreta no encuentre ya una precisa exteriorización verbal; nada debe importarnos que el "no" substituya al "sí", puesto que el ideal se ha cumplido en nosotros y ya nunca jamás la hondura que dejó en el terreno interior podrá ser destruída.

Vivimos rodeados de ficciones, y así como he visto mujeres que adoraban a un perrito con todo el fervor con que hubieran amado a un hombre, he visto avaros que hacían chispear bajo la luz sus monedas como si rizasen una cabellera de mujer. Hay, en casi todos estos casos, una substitución aparente y nada más. El grado de sinceridad y de fuerza de la emoción es lo que importa y lo que puede tener interés para el desenvolvimiento del destino de cada cual.

Así vivimos reconstruyendo permanentemente el ideal, mejor dicho, creando el objeto para nuestra profundidad desorientada, y si siempre pudiéramos ser lúcidos y discernir bien respecto a la calidad de los motivos que nos unen a las cosas, advertiríamos que las más de las veces amamos sin motivo.

Sé de quienes, al día siguiente de perder a Dios, quedaron suspendidos de los ojos de una mujer. "El último beso de la madre es el primer beso de amor", dice Kundry a Parsifal en el maravilloso drama de Wagner.

Y la fuerza de nuestro amor no nos viene de la estatura ni del grado de belleza de nuestra amada. Es ley que existía desde mucho antes de que ella respirase, quizá. Ella no es más que nuestro espíritu mirándonos desde lejos; nuestro corazón que resucita y habla.

¿Podemos acaso creer que todo ha terminado sólo porque ya no podemos expresar una fórmula afirmativa? ¿Existe algún paralelo entre nuestra vida sentimental y nuestra conciencia? ¿Quién de vosotros se ha enamorado en un día de júbilo mental?

Afortunadamente, todos nosotros hemos empezado a amar en el más sombrío día del corazón...

Esperemos; Dios reaparece.

En una hora de suprema despreocupación nos invadirá una extraña ternura hacia las cosas altas e inno-
minadas. Olvidemos el nombre, la ínóole, la belleza
misma de la cosa que nos enternece y preguntémosnos
si no hubiésemos amado de la misma manera el bien
que ya hemos perdido...

Lo importante es la medida de nuestro regocijo ín-
timo y no lo que lo causa.

¿Qué ganaríamos con que un milagro se realizase
en una ciudad de estatuas?

Casi todos los héroes, en el minuto siguiente a la
acción victoriosa, se han preguntado: "¿Y yo he po-
dió esto?"

Y es que juzgamos que todos los valores desapare-
cen simultáneamente con nuestra negación, pero por
fortuna nuestro corazón está cavado por la eternidad
y es posible que nuestra verdadera actividad sentimen-
tal comience en el momento ese en que ya ni Dios, ni
madre, ni novia, ni amigo son el hermoso pretexto que
necesitamos para vivir.

Nuestra amargura de negadores depende evidente-
mente de este error de creer que el ideal no significa
ya nada en nuestra vida íntima por el simple hecho de
que ya no creemos en él, y sin embargo, una simple
comparación basta para demostrarnos que la negación
o la duda, por sí mismas, no significan nada, porque
nuestra posición sentimental es eterna, y aquel corazón
donde Dios estuvo un minuto, aquel corazón que fué
padre o tuvo novia, es mejor, más bueno, más noble
que el corazón que no latió jamás por esas cosas.

Sucedé con esto lo mismo que con aquellas cosas
que ya han sido sometidas a altas tensiones, a una má-
xima plenitud del acumulamiento de la energía. Son
como el aparato respiratorio de aquéllos hombres que
a fuerza de practicar la suspensión respiratoria llegan
a poder vivir muchos y largos minutos sin aspirar la
atmósfera exterior.

Es evidente que aquel que sufrió la pérdida de Dios
es apto para conmové profundamente cuando de co-
sas divinas se hable.

Y bien, ¿cuántos son los hombres que gozan de esta
aptitud?

Y suponed, ahora, que un hombre de corazón elo-
cuente os hace verter una lágrima hablándoos de aquel
bien que habéis peróido, ¿qué es lo más sensato que
podéis pensar?

Lo más sensato, a mi entender, sería esto: Mi desconsuelo de hoy es la prueba de toda mi sinceridad de ayer, y quizá más: mi desconsuelo es la prueba de mi sinceridad de ahora mismo.

Creer no es afirmar, es "sentir una afirmación, una negación y una duda", aspectos necesarios, evoluciones fortuítas de una cosa única y esencial, origen, palpito y ley de todo fenómeno moral e intelectual: nuestro corazón.

Muchos son los que tienen el alma en "estado de creencia", pero no encuentran objetivación propicia a la vaga sentimentalidad que los turba, y yo pregunto: ¿qué más vale el símbolo que el sentimiento creador del símbolo? La visión del objeto simbólico que era la fría representación de su alma, no debió probablemente aumentar la fe del hombre primitivo, y acaso la debilitó quizá, en razón de que simbolizar es tender a separarnos de Dios, a quien por ese sólo hecho concedemos el poder de preexistir sin el fatal apoyo de nuestra conciencia creadora y originadora. Desde el momento en que el símbolo existe para la mirada del análisis, su eternidad será juzgada por la razón.

Así, el primer hombre que ofreció a los hombres una imagen de la divinidad, decretó su muerte. El iconoclasta es el que mejor defiende a los dioses.

Todo lo exterior nos es sospechoso; todo lo que sigue siendo íntimo en nuestra vida, nos es divino. Lo vago, lo nebuloso, lo subterráneo de nuestra sentimentalidad que nos turba, asegura mejor que nada la eternidad de ese sentimiento. Huyamos de toda objetivación que concrete con fidelidad nuestras ansias; vivamos vagamente en esa gran "lucidez ignorante", en ese extraño, excelente y amargo estado de amor sin amor. Porque, en definitiva, jamás sabremos si son los ojos, los labios o las manos de nuestra mujer lo que nos turba tan hermosamente. Es toda ella, y no son precisamente ni sus manos, ni sus labios, ni sus ojos.

Ella es vaga como el amor y como Dios. Aun cuando yo creo que es aún más vaga todavía, creo que es el fruto de nuestro gran cansancio de estar tristes sin saber por qué...

II

El hombre - poema

He leído. en viejos poemas, descripciones horrorosas. He percibido el aroma bárbaro de los heroísmos, —sangre. humo de laurel, flotas incendiadas en el Egeo, barcas enlutadas en el Nilo, — y he pensado que sólo a condición de estas emociones trágicas puede el alma adquirir el don de sentirse trémula ante los párpados de la cautiva de Troya.

He leído en Romain Rolland un capítulo lleno de una bárbara magnificencia, un capítulo en el que describe los silenciosos combates que libran en la floresta las sórdidas raíces de los robles y las dulces raíces de las acacias, y cuando advertí que aquellas víboras oscuras eran otras tantas fibras de la Muerte, una angustia ennoblecadora veló mis ojos ante el primer ramo floral de una acacia vecina...

¡Y con qué deleite había yo leído aquel capítulo!

¿No debía, pues, avergonzarme de haber gozado de aquel dolor que después se me aparecía como un racimo de pequeñas uvas de oro?

¿Merecía yo mirarlo, gozar su aroma, cuando había empezado por gozar con aquella descripción de la agonía de la acacia?

Nadie ha de sentirse magnífico si nunca se sintió bárbaro.

Nuestras primeras visiones del universo, ¿no son, acaso, terribles visiones de una lucha inmensa? La

grandeza de las catástrofes, las mismas tragedias de la naturaleza son nuestro alimento espiritual predilecto en aquellos años en que vivimos en plena simplicidad interior.

Sé de un joven que quería emigrar de esta ciudad porque "aquí nunca ocurría nada". Estaba en la edad del terremoto . . . de la cual salen difícil y penosamente los pueblos. Una novelista ha escrito: "Las almas simples aman lo dramático".

Los días de la suavidad, de la ternura sin objeto, de la paz filosófica, vienen más tarde.

Nacemos con el deseo alucinante del obstáculo y aumentamos — por obra inconsciente de la superabundancia de energía psíquica propia de nuestro albor — aumentamos la magnitud de las pruebas que deberemos vivir, y es así cómo el gnomo de los cuentos de hadas se nos aparece formidable como los dioses homéricos.

Nacemos ya con la ansiedad de los grandes hechos, y la vida apacible nos entristece porque nos roba la ilusión de que estamos presentes en los grandes movimientos de la humanidad.

No sólo por esto es bueno y necesario que las mayores desgracias pasen también por nosotros, sino que es ley que se satisfaga nuestra crueldad, nuestra avaricia de lo enorme, porque hay mucho fuego en nuestro corazón y no podremos evitar las noches ardientes de la imaginación, porque el sueño mismo pasa por nosotros como una advertencia.

Aquellos que sufren sueños trágicos, están pagando a la vida una experiencia que no quisieron o no pudieron vivir.

Sed injustos o malos siempre que sintáis el imperativo de serlo; no posterguéis el minuto de la realización de vuestro impulso, porque él se cumplirá lo mismo más tarde o en el sueño mismo de esta noche — si es una ansiedad vital — y mañana tendrá una vía de escape que quizá no convenga a la sinceridad del mundo ni a la vuestra: es posible que incurráis en el bien pero por pura perversidad. Y entonces sí, el día más ruín habrá pasado por vosotros, porque habréis confundido dentro de vosotros el bien con el mal.

La primera sinceridad es la de no falsearse a sí mismo.

Creer que el bien es el destino de todos los hombres, es negar las jerarquías espirituales.

El sentimiento de la tragedia es lo que debe conducirnos hasta la dulzura filosófica. Después de lograda ésta, la tragedia sería tal vez una amenaza para nuestra armonía interior. Postergar, pues, el cumplimiento de nuestro deseo de mal, es quizá vender a muy bajo precio la belleza futura y fatal de nuestro espíritu.

Ser bárbaro, pero con sinceridad, es empezar a ser virtualmente magnífico.

Tengamos presente que cada uno de los actos de nuestra vida es la reproducción de una desgracia o de una alegría de la tierra: somos el receptáculo de todo su destino, somos el libro viviente del mundo.

Cuanto más pronto nos libremos de ser su reflejo trágico, más cerca estaremos de ser el elogio sonriente de su gloria, toda aroma, movimiento y luz.

Pero también tengamos en cuenta que no seremos buenos, ni puros, ni alegres, sino a condición de haber agotado — según nuestra capacidad personal — todo el horror y la amargura del mundo.

Dante era el alma ideal: el infierno y el paraíso brotaron de la fuente común de su pensamiento.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

Retrato de mujer

Ofrezco este trabajo a mi singular
amigo Julio B. Chedufau.

J. P. C.

Tenía turbio el corazón. Sus ojos
amaban los tapicés de violeta,
y adoraba las joyas de oro muerto
y amaba en Grieg la nebulas Noruega.

Tenía un gato azul, que una mañana
viera en un barco que llegó de Oriente,
y veía en los ojos del felino
el iris de los mares sucederse.

Tenía la pasión alucinante
de conocer la India triste, ascética,
porque leyendo "El pescador de Islandia"
vió que en la India la garúa es violeta...

Esperaba violar, aún fuese en sueño,
bajo un alba indostánica, los ritos
de aquel gran arte fúnebre del goce
que inspirara "El jardín de los suplicios".

Su pesado reloj de ébano y bronce
tenía una campana sorda, lenta,
y era tan grave el son, que semejaba
el campanal de una abadía inglesa.

Después de los espasmos voluptuosos
adoraba el nirvana del budista,
como un boa en el seno de un estanque
todo de leche azul, inmóvil, tibia.

Para cada joyel de su tocado
una piedra preciosa destinaba,
pero una piedra verde entre sus senos
la hacía una mujer de Zuloaga.

Tenía un alfiler de oro y diamantes
con el que agujereaba, hastiada y frívola,
un almohadón — (con una garza en seda) —
igual que la heroína de "Afrodita".

Amaba las sombrías catedrales
toúas llenas del órgano elegíaco,
y en el suave "vitraux" de cada cúpula
lamentaba un amor del tiempo bíblico.

Inconexa, nerviosa, fatigada,
hubiera luego amado en cada cúpula
los ingenuos paisajes japoneses:
un lago, un crisantemo y una grulla...

Había un ansia cósmica en su pecho,
y cansada de amar la dulce luna,
amaba los crepúsculos de Nápoles
al par que las extensas noches rusas...

Era contradictoria. Amaba todo
pero por el cansancio de sí misma:
su ideal era amar sinuosamente
después de una gran hora de fatiga.

¡Oh, sus nervios de plata! Había vivido
hasta en la mesa real de Monte Carlo,
y sin saber, perdió su última ficha
mirando a un hombre de perfil hebráico.

Al tenderse en su lecho, era preciso
que ciñera su vientre claro y cálido
con una cinta azul de vivo tono
para que el cuerpo fuese así más blanco...

Gustaba en plena mar, en noche quieta,
envuelta en luna en la ascendente proa,
escuchar los espasmos musicales
dichos por Wagner en "Tristán e Isolda".

Si extendía su mano fina y blanca
sobre el sombrío raso de su traje,
la imagen de la muerte la envolvía
y el ansia de gozar la hacía enervarse.

Si pensaba en morir, erguida y noble,
levantaba su rostro firme, adusto,
y era tal la ansiedad de sus dos senos
que su presencia inauguraba el mundo.

El terror de la muerte la encendía
hasta las exigencias hondas, rápidas,
y hubiese amado con vital delirio
el cuerpo de una ola o de una llama.

Que así como el reflejo de la llama
por el combo perfil de la ola corre,
por sus nervios las ansias resbalaban
como un hilo de miel ardiente, móvil.

Vencida la ansiedad, poníase lúgubre,
como si el albo cuerpo le enfermase
la ausencia de esa luz que era su gloria,
ritmo de gloria en la agitada sangre!

¡Qué fúnebre la calma, qué pacífica
la noche sin objeto del insomnio,
arrojando monedas al tapete
como un puñado de latidos de oro!

¡Aquel amplio temblar era tan dulce
y el silencio del músculo es tan grave
que hubiera dado, por temblar, su forma
aún por la línea muerta de los aires!

•
Era mística al modo de Teresa
la doctora en amor, y era su sueño
ser violada a manera de una virgen
en la nave central de un alto templo.

Tenía tres amores permanentes:
el amor de su cálida hermosura,
un revólver de nácar y de oro
y un ejemplar francés del Kamasuthra.

Violenta, sabia, ególatra, tenía
el corazón idéntico a la nácar:
sombra y luz, sombra y luz... y un plano blanco
perpenóicularmente hacia la nada!

Era de esas mujeres silenciosas
que nos atraen por su aspecto trágico
y en las que presentimos todo un mundo,
¡y no son nada más que un cuerpo blanco!

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

Versículos para los tristes

1

No te conturbe el dolor; no nuble tu espíritu la tristeza; la angustia es beneficiosa en el sentido de que es neutralizadora. La angustia es como un gran asombro del corazón. ¡Feliz aquel cuyos ojos se asombran y olvida los nombres de sus amores!

La pena no es eterna. Pagas, hermano, una culpa anterior, y piensa que si tu madre temblaba de bondad o de ternura en tanto tú descansabas en su vientre, su onda emocional te ha vivificado, te ha purificado, te ha revestido, así como el perfil de la cera ondula y se transforma según la proximidad de la llama. Busca en el corazón de tu madre el secreto de tu porvenir.

Si tu mal de este instante no es más que la ola generada por la ola, no tienes por qué desesperarte. La desgracia se había ya cumplido en tu interior un minuto antes de que tuvieras la certidumbre misma de la desgracia. Esto es: la pena que se realiza en ti, que se exterioriza para ti mismo, es el anuncio de la muerte de tu propia pena; una sombra que llega a visitar tus ojos, pero desde el fondo mismo de tus ojos. No temas, no tornará a tu interior. El milagro alegrador de la luz se cumple a cada minuto. El sol reabsorbe tu angustia. Una mirada hacia el fondo del espacio vale y puede más que todas tus lágrimas.

Que tu corazón permanezca asombrado toda una noche, que así, no habiendo hecho ni bien ni mal, no ha-

biendo amado ni odiado durante esa noche te habrás preparado un minuto blanco que vivirás a tu tiempo.

Ceder al dolor es hacerse fácil para el dolor, y su venida no será postergada.

Lo que cada hombre necesita, hermano, es convertirse en su propia estatua. El día en que todo tu cuerpo esté asombrado, ten por seguro que has ganado el día más bello de tu porvenir.

Pero ten entendido que todo asombro es un olvido de ti mismo. El asombro es una abreviatura de la eternidad.

2

El temblor es la culminación de la fuerza. El relámpago se quiebra porque es un exceso de la energía luminosa. El temblor que la angustia pone en tus labios, o que el amor pone en tu pecho y en tus ojos, no es debilidad; es un estremecimiento de la vitalidad que pugna y no puede; es la fuerza que se siente distante de su objeto y se vuelve contra ti mismo. Pero es la fuerza. El océano está trémulo; la ráfaga se corta en el perfil de un trébol aromático, y cuanto más potente sea la ráfaga, más hondamente será dividida. Y al ser quebrada, ella es un relámpago invisible. Tu amor que tiembla es como una gran ráfaga seccionada en dos. La estrella que cae es la que más resplandece. El vértigo es la ley de la llama. La espiral es el símbolo de la fuerza absoluta, porque mientras la recta sólo va de un punto a otro punto, aquella tiene el mismo movimiento pero abarca cuatro extremos. Es decir, la espiral es un vértigo del círculo.

Si el rayo no encontrase en ningún punto del espacio un centro de atracción, sería una espasmódica gota de luz, sería un temblor eternizado, y como un boa celeste sería un círculo roto para toda la eternidad.

Tiemblas ante tu novia porque quieres distanciarte de lo que es el centro de atracción de tu fuerza, y observa que mientras el rayo no ha podido eludir la ley, tú la eludes.

¿Cómo no vas a temblar, pues, si en ese momento eres más potente que todo propósito universal?

3

Yo soy aquel que ha experimentado la repugnancia de todos sus actos de amor, de bondad y de arte.

Pero, a la vez, soy aquel que sabe empíricamente que la repugnancia y el arrepentimiento no son estados de alma concomitantes.

Yo he sentido el júbilo de la experiencia nueva, y si bien muchas veces he caído en el mismo error de amor, de bondad o de arte, esto me ha probado que mi experiencia primera fué transitoria, y me ha enseñado que ninguna experiencia debe transformarse en arrepentimiento.

El que se arrepiente, se sujeta a los actos de ayer, y pertenece al ayer. Quiero que tú digas: soy lo que debo ser en este día, y si sufres un dolor de amor, de bondad o de arte, quiero que veas en ello, no un sufrimiento del acto pasado, sino un error que garantiza tu propia fuerza frente al mismo error en el día de mañana.

Me objetas que has incurrido cien veces en el mismo error, y que tus experiencias no te han servido de nada? Eso te prueba, en primer lugar, que tu experiencia anterior no penetró en ti tan profundamente como para determinar un dolor superior, y te prueba, después, que eres un ser que vive bajo el perenne imperio de una única fuerza.

Entonces, eres un símbolo.

¡Bendito seas, símbolo de una fuerza inflexible!

¡Bendito tú, que pruebas con tu dolor la existencia de un poder permanente!

¡Bendito tú, que has vivido bajo un destino más veces χ más minutos que yo!

4

“Yo soy espacio”, dice Ramakrishna.

Es preciso sumergirse en el gran total, pero identificándose lentamente con cada una de las unidades. Hay que ser trozo de oro, tallo de laurel, pájaro. Y si te digo “hay que ser”, es porque la conciencia de tu estado humano debe languidecer y morir bajo el deseo ferviente de ser duro, perfumado y aéreo; bajo el deseo de ser flexible y ascendente como el tallo del laurel, para perfumar sin quebrarte; bajo el deseo de ser libre y alegre como el pájaro. Es decir: exijo de ti la recóndita memoria de tu primer día, de tu belleza original o de tu divinidad primaria. Cuando esta recóndita memoria llene tu espíritu, comenzarás a ser espacio, porque la conciencia de tu realidad habrá desaparecido de ti, y he aquí cómo el olvido no será otra cosa que una memoria inmensa convertida en oro, laurel y pájaro.

Versículos a la amada

- 1—Porque tú me fuiste hermosa como una mujer que entorna los párpados; dulce como en boca de una criatura un idioma extranjero; triste como los que buscan a Dios por todas las ciudades.
Para ti, hermosa, dulce y triste, compuse este cántico; para regocijo de tu pecho que se exaltará suavemente como una vela recién abierta al mar...
- 2—Eres aquella que tiene los ojos más cálidos y más vivientes que conocí; aquella del brazo circundado por el brazalete azul de una vena; aquella del tobillo semejante a un huevo de paloma; aquella cuya espalda se arquea como una cadena celeste; aquella que al danzar bajo la luna es delicada como los plátanos, clara como las mariposas de diciembre, suave como el cuello del corcel a la mano.
Eres la más gustosa de mis amadas.
- 3—Eres la que llegó ante mí durante un tibio amanecer y, mirando la última estrella, dijo:
- 4—He pasado a la vera de la selva, y venía toda yo tan triste que a mi pasar debieron morir las crías de la selva;
- 5—mi corazón me parece engendrado cerca de pájaros muertos en la media noche;
- 6—mis ojos son como aves que parten para otro país;
- 7—mi alma es como una tristeza que no quiere caer de mí con la suavidad de mis cabellos: es una

- nube que yo no puedo ensortijar, como mis guedejas, con piedras verdes;
- 8—mis brazos caen como el esfuerzo inútil que sólo sirve para embellecer la dicha;
- 9—mis senos serán mañana como lágrimas;
- 10—Mis manos han tocado un ramo de azahar y éste ha caído; se han abierto hacia el cielo y ha caído una estrella... ¡Sólo cuando era muy niña quería que mis manos jugasen con las estrellas!
- 11—Si me pongo a danzar, se oscurecen los ojos de los hombres y se cierran los ojos de las mujeres.
- 12—Dime, tú que cortabas el pan cuando llegué y que tenías aroma de vid en los labios, y cuyos ojos eran suaves como palabras de madre; dime: ¿por qué estoy triste?
- 13—¡Oh, la más gustosa de mis amadas, te dije: danza para mí esta noche, que yo no te enseñaré el camino de la ciudad vecina.
- 14—Si ves en mis ojos una sombra, será la sombra de tus cabellos;
- 15—Si oyes de mis labios una palabra, será la palabra de mi corazón dichoso;
- 16—Si ves que mis manos se abren, será porque deseo que tu destino sea resplandeciente como las estrellas que corren a lo largo del mar;
- 17—si ves que quiero besarte, es porque yo te amo, viajera que llegaste cuando cortaba mi pan.
- 18—Yo tengo el corazón vivaz y el labio amigo;
- 19—la palabra saludadora y el pan sabroso;
- 20—la tienda sujeta con los tendones de plata de un camello;
- 21—mi lecho es de palmas y pieles de tigres;
- 22—el suelo de mi tienda es de helechos oscuros, pero mi cántaro es blanco; toda mi tienda es tranquila como las aguas durante el mediodía.

- 23—Danza, mujer de los ojos conmovedores, que tú me eres provechosa y me eres saludable como mis visitas a los árboles cercanos;
- 24—¡danza, que en la hora de tu muerte yo encomendaré a bocas de novias la alabanza de tu espíritu y de tu cuerpo!
- 25—Así te dije, y tú:
- 26—Hombre del pan cálido, de la palabra amistosa, de los ojos benevolentes, ¿me aseguras que te soy benéfica?
- 27—¡Oh, tú me eres benéfica! Me conmueves como los ojos de los pájaros, y como las manos de los niños. y como mi propio corazón!
- 28—Así te dije, y tú: ¿Entonces, no estoy triste?
- 29—Mujer que eres plátano, paloma y emoción: tú no estás triste; estás anhelante. Así te hablé.
- 30—¿Qué anhelo yo que no sea un beneficio perdurable para el amado?
- 31—Y te respondí, mirando también la última estrella:
Anhelas conocerlo.
Y cerré los ojos.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

La Fragua, por ADOLFO AGORIO: Claudio Garcia, editor. Sarandí 441. Montevideo. 1915.

Mientras Europa se extenua en un largo derrame de sangre y oro, mientras sus hombres tributan el rendimiento de sus vidas, tanto mas heróicas cuanto más humildes, ensanchando así el sendero que conduce hacia mayores perfeccionamientos morales y espirituales, nosotros, en América, atendemos con inquieta vigilancia los prologómenos trágicos de la evolución que se prepara.

Adolfo Agorio, autor de «La Fragua», ha condensado en las páginas de su libro la expresión apasionada de aquellos acontecimientos. En la fragua de su alma de latino, fervorosa y combativa, ha forjado el metal de la prosa vibrante y dúctil que anima ese alegato.

L. D.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Estudios. — Rosario (Santa Fe). Números 27, 28 y 29.—La lectura de este periódico nos ha interesado vivamente por la exposición serena y meditada de los ideales que sostiene. Lamentamos solamente que su director tenga la debilidad de acoger en las columnas de esta hoja versos de disparatada concepción e infame factura.

Primavera. — Buenos Aires. Año I, número 4 — «Primavera» nos trae en cada una de sus visitas un manojo de flores recogidas por las manos expertas y diligentes de Cayetano Donnis.

Este número contiene: una semblanza del maestro Sívori, por Donnis; un artículo, por E. de la Torre; una carta sobre literatura persa firmada por Muzio Saenz Peña; versos de F. F. de Amador y un apólogo de Rabindranath Tagore.

Letras. — Asunción (Paraguay) Núm. 6. — Martín Goicoechea Menéndez — cosa rara — aún no ha sido olvidado completamente. «Letras», del Paraguay, transcribe en su última entrega uno de los más bellos trabajos contenidos en «Poemas Helénicos», único libro que nos dejara aquel magnífico muchacho desaparecido en tierras extrañas.

Revista Castellana. — Valladolid (España) Números 4 y 5. — Prestigian las páginas de esta revista los más notables escritores de Castilla. Contiene colaboraciones de Andrade Coello, A. González Blanco, Sánchez Rojas y otros. Está dirigida expertamente por D. Narciso Alonso Cortés, también escritor de nota.

Cuaderno de próxima publicación:

El libro del sendero y de la línea recta de Lao-Tsé.

Traducción de Edmundo Montagne.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

SUBSCRIPCIONES:

UN SEMESTRE..... \$ 1.00 ^{m/n}

UN AÑO..... > 2.00 >

NÚMERO SUELTO: \$ 0.20 CENTAVOS

OFICINAS:

178 — SÁENZ PEÑA — 178

BUENOS AIRES

Correspondencia a nombre de:

LEOPOLDO DURAN